









PAGINA FEMENINA

LECTURAS PARA LA MUJER

Cuentos románticos

POR SU GLORIA!

Fué un verdadero matrimonio de amor. Ella, Regina, era hija de un alto empleado de Hacienda, hija predilecta de clarísima inteligencia, a quien sus padres le habían dado una cultura selecta. El, un periodista de talento mediocre, que no servía sino para hilvanar unas pobres crónicas esmaladas de adjetivos. Contra la voluntad de los padres de ella, contrajeron matrimonio, de modo que la boda se verificó sin solemnidad, asistiendo tan sólo como padrinos el director del periódico donde escribía y el ama de la casa de huéspedes donde él habitaba.

centros culturales agasajábanle continuamente, y su efígie, con alabanzas rotundas, se veía en todos los periódicos ilustrados. Eran inútiles las protestas que en la intimidad formulaba; su esposa, cada vez más enamorada de él, le convencía, unas veces con lloquiosos, otras con caricias. Así, mientras Pablo iba de tertulia en tertulia recibiendo agasajos, sin que le quedase tiempo para nada, Regina trabajaba sin descanso, en plena fiebre de producción. Uno de los íntimos amigos-admiradores de Pablo, a pretexto de rendirle de continuo sus devociones, frecuentaba con exceso la casa del novelista, en realidad para cortejar a Regina, que adivinaba demasiado la intención, y no tuvo más remedio que prohibirle en absoluto las visitas. —Me ha dicho Alfredo González que le molesta su devoción hacia mí. —Me molesta porque no me deja trabajar; si tanto le quiere, que le lo demuestre en la cervicería o en el Ateneo; pero aquí no tiene nada que hacer.

Regina publicó siempre bajo el nombre de Pablo de la Gándara— una serie de novelas, dedicadas cada una de ellas a estudiar una etapa de la vida, con éxito tan rotundo, que las ediciones iban en progresión creciente, como la fama del autor. En tanto, Pablo se consumía de pesadumbre por aquella etapa que comulgaba; cada vez que Regina publicaba una obra, daba comienzo a su calvario, porque las alabanzas, los homenajes, los aplausos que se le dedicaban, convertíanse en torturas inauditas para su corazón. Y cada vez se hacía más imposible decirle al público la verdad; hubiera sido producir una catástrofe, sobre todo, contrariar enormemente a la mujer amada, cuyo ideal era que su propia familia rindiese pleitesía al hombre que tan despreciado fué. Cosa que había conseguido ya con creces, pues él alto funcionario de Hacienda era el primer admirador de su glorioso yerno...

Quedó éste mudo de asombro y se la comió a besos, forma de perdón que ella agradeció devolviéndoselos con toda el alma. Desde entonces menudearon las demandas de colaboración; pero el pobre Pablo, a pesar de quebrarse los sesos ideando novelas cortas, no acertaba a terminar una que tuviese mediana presentación. —No sirvo, Regina!; no sirvo! —¿Me das permiso para probar con una novela grande? Se lo dijo él, pero bajo condición de que había de firmarla ella, porque sentía rubor de recibir parabienes que no merecía.

A los dos meses habidos, apareció en los escaparates de los librerías una novela de Pablo de la Gándara, titulada *La alegría de los quince años*, que tuvo un éxito enorme. —Pero, ¿no habíamos quedado en que la firmarías tú, Regina? —Mira, Pablo—le contestó ella humildemente—no me gusta sentar plaza de escritora; yo solo quiero ser tu mujer, y solo tu mujer. Además, mi familia te ha despreciado, y... por amor propio, quiero que rectifiquen el concepto. Pronto adquirió notoriedad el novelista Pablo de la Gándara; los editores se le disputaban, en los

—¡Miente usted!, no hay tal secreto!, su gloria es legítima, muy legítima. Entonces sacó González una carta del propio Pablo, en la que confidencialmente le confesaba la superchería; ¡eran tan amigos!, ¡no tenían secretos uno para otro! —¿Y qué precio pone usted a esa carta?—le preguntó Regina después de unos momentos de meditación. —Su mano... —Pues... la compro con ella. Trabajo hecho. Cuando transcurrió el tiempo legal, con extrañeza de todo el mundo, Regina contrajo matrimonio con el ladino Alfredo González. Y la misma noche de boda, cuando ella recibió la carta delator, después de hacerla en diminutos pedacitos, dijo a su nuevo esposo: —He cumplido mi palabra casándome con usted... le hago dueño de todo cuanto produzcan las obras de Pablo; pero de mi persona, ¡¡¡jamás!!! Y como los manuscritos del famoso novelista eran inagotables, Regina siguió sosteniendo frescos los laureles de su amado, cuyo renombre fué adquiriendo proporciones insólitas, pero a costa de la salud de aquella admirable mujer, sujeta a tan enorme trabajo, que aniquiló en pocas años su salud. Herida de muerte, cuando se convenció de su irremediable tránsito, le suplicó a su marido una entrevista postuma.

—¡Jirame que a nadie revelarás el secreto!, es lo último que te pido para recombinarme contigo. —¡Te lo juro por mi honor, Regina! Entonces la enferma atrajo hacia sí la cabeza de Alfredo y le permitió que le diese un beso, ¡el primero!, en la boca, mientras exclamaba, casi desfallecida: —¡Por su gloria!, ¡por su gloria!

DR. PEDRO ABELARDO. Sintió la breve agonía de un corazón que era mío, que mataron ambiciones que asesinaron dolores. Sus hojas se estrechieron con el último suspiro, que dió a un pasado de amores al arrojarlo al olvido. Sobre ese clavel cayeron, por misterioso destino, dos lágrimas que abrasaron sus pétalos encendidos. Si las huellas de sus lágrimas tienen en su seno abrigo, deja, clavel, que se fundan con gotas del llanto mío. Si el tiempo sacó tus hojas y te abandona marchito, ¡asíco está su corazón, que le ha secado el olvido!

El entonces, Alfredo, la hizo saber que conocía el secreto que mediaba entre Pablo y ella; por tanto, la gloria de éste se debería como una pompa de jabón...

CARLOS SOLO CALVARIO DE VERGUENZA

DRAMA NUEVO

El Molino perdido

Era apenas mediados del mes de Noviembre, y ya el bosque de Argonne tenía el aspecto de los peores días de invierno. Desde la víspera, un viento glacial pasaba en torbellino sobre las cimas descarnadas, retorciendo el ramaje y arrancando gemidos a los viejos troncos empolvados por la escarcha. Era el primer frío del terrible invierno de los países del Norte, que aquel año, particularmente, se anunciaba muy riguroso. Aunque solo eran las nueve de la noche, todo estaba cerrado en el Val d'Armenon, uno de esos bosques agrestes que parecen perdidos en el fondo de los bosques, y cuyas viejas casas, de arcaico aspecto, se asocian maravillosamente con la salvaje decoración que las rodea. Hombres y animales reposan tranquilamente, sin cuidarse de las ráfagas del huracán, y sin los ladridos

de los perros de guarda, que interrumpen su sueño inquieto para responder a las misteriosas llamadas del bosque, y sin aquella luz que brilla a lo lejos, detrás de los árboles, que el movimiento de las ramas apaga, enciende y vuelve a apagar, diríase que es un pueblo de leyenda, dormido al infuajo de una varita mágica. Qué claridad es esa que rompe las tinieblas con un punto rojo? A causa de su situación, nadie de entre las gentes del país podía engañarse. Era el «Molino Perdido», donde alguien velaba aún. Y quien, después de haber bajado de la ladera y franqueado el puente-ticillo tendido sobre la esclusa, se hubiese acercado a la ventana iluminada, hubiera visto en el interior de una sala grande las siluetas de dos mujeres acantonadas (más bien que sentadas) ante el hogar encendido y llameante. La primera no representaba haber pasado de la treintena. Sus rasgos, aunque demacrados por sufrimien-

tos o por enfermedad, son de una notable distinción; sus ojos negros están profundamente hundidos en las órbitas, y sus manos son de una blancura que se hace diáfana cuando las pasa ante la llama. Es, indudablemente, la dueña de la casa. La otra es una viejecita angulosa, de piel apergamada. Su frente huida se halla cruzada por profundas arrugas, y su nariz se curva adaptando la forma de un pico de ave de rapina. Bajo sus cejas grises brilla una mirada implacablemente escrutadora. Cuando habla descubre una doble hilera de dientes negros, crecidos aquí y allí, aditados como clavos, mientras su nariz, en cuyo centro luce una gruesa verruga, forma casi un ángulo recto con la línea del cuello. Mientras que sus dedos mueven diestramente las agujas de la media, esta persona, poco simpática, no da descanso a su lengua. Charla y charla sin cesar, sin conseguir destruir con su conversación la frente de su compañera. De pronto rechina la maquinaria del reloj dentro de su caja y se desgranaron lentamente unas campanadas. —Una, dos, tres, cuatro... Ansiosamente cuenta las horas la joven. —¡Las nueve!—dice,



Vestido de crepé georgelle pame, bordado plateado y adornado con pequeñas rositas color de rosa

A UN CLAVEL

Un clavel seco me enseña lo que no enseñan los libros, que también las flores hablan al que muere de cariño. Ese clavel en su pecho palpita con su latido, en aquella triste noche de lágrimas y martirios.

DR. PEDRO ABELARDO. Sintió la breve agonía de un corazón que era mío, que mataron ambiciones que asesinaron dolores. Sus hojas se estrechieron con el último suspiro, que dió a un pasado de amores al arrojarlo al olvido. Sobre ese clavel cayeron, por misterioso destino, dos lágrimas que abrasaron sus pétalos encendidos. Si las huellas de sus lágrimas tienen en su seno abrigo, deja, clavel, que se fundan con gotas del llanto mío. Si el tiempo sacó tus hojas y te abandona marchito, ¡asíco está su corazón, que le ha secado el olvido!

SEÑORA:

A las nuevas generaciones les parecerá imposible padecer las señoras usar otros corsés que fuesen los de caucho, y más aún creerán inverosímil hubiese quien se resistiese a usarlos. MADAME X Fajas, Corsés, Sesiones, Medias, Vendas, Zapatillas, Cuantos, Pantalones, Cinturillas, Protectores, Gorros de baño, Bolsas, todo de Caucho puro "MADAME X" - Paz, 3

Smoking de tarde en satén negro, sobre una falda plisada. Chaleco de tela rayé

Crónica de la Moda

Los sombreros en fuga

Las señoras no pueden satisfacer todas sus fantasías y caprichos en esta época de vida cara. El lindo y lujoso modelo que ellas se están admirando en casa del gran modisto, la mayor parte de las veces sólo será poseído en sueños... Pero, afortunadamente, en lo que respecta a los sombreros, sucede otra cosa; éstos son de un precio menos elevado, y como siempre halagan nuestro deseo de cambio, ejercen sobre nosotras una verdadera seducción. Los modistos crean cada vez nuevos modelos, que nos parecen cada vez más lindos y apetecibles. Hace algunos meses, cualquier señora se hubiera creído en un plano de inferioridad evidente si no hubiera podido lucir un sombrero «clavel»; hoy las cosas han cambiado, y muchas lo han regalado ya a sus criadas, o bien lo han relegado a un rincón del armario, con los adornos ya marchitos o las frivolidades que han dejado de gustar. No sólo los niños se cansan pronto de sus juguetes...

El cubre-cabeza más difundido en este momento, el que se ve por los bordos y danzings, es el fieltro beige, bordado y adornado de castaño, con la «cabolite» drapada, levantada por detrás y formando campana por delante. Este modelo queda muy bien con el abrigo de lana o el vestido smoking, y tiene la ventaja de dar ese carácter deportivo que tanto gusta en la actualidad. En ciertos establecimientos es utilizada la cinta gres-grain, la cual, arrugada con arte y alegría con escarapelas y nudos, permite obtener encantadores sombreros muy fáciles de llevar; el solo defecto de este modelo, es de haberse divulgado con demasiada eñteridad. Se les da un carácter distinguido, de alta moda, ornamentados con incrustaciones de color diferente, marino sobre azul espliego, castaño sobre beige, etc. Esta tendencia se manifiesta como una feliz interpretación de los dibujos cubistas que ofrecían las ferias presentadas en la Exposición de Artes decorativas.

El material utilizado para los sombreros de paja actualmente de moda, ofrece la ductilidad de la seda y se trabaja muy fácilmente. Estos sombreros resultan así tan finos y flexibles, que sería posible meterlos en la cartera de mano cuando se parle de viaje, lo cual no deja de tener serias ventajas... Las señoras continúan siendo pequeñas, y estamos esperando ahora una innovación verdaderamente original: la pequeña campana o «petite cloque», sombrero levantado de frente con los bordes minúsculos ligeramente enrollados; pu-

de decirse que se trata, en realidad, de variaciones sobre un tema conocido, pero esto no disminuirá el valor del modelo. La «cabolite» plisada es la sola idea realmente nueva que los creadores han aportado. Pero hay que reconocer que nunca los colores de los sombreros han sido tan delicados. Hay azules perbenza, de tonos muy dulces, malvas, rosas dragé, verdes chartreuse y beige. En las reuniones mundanas, las mujeres, luciendo sombreros de paja clara, dan la sensación de un parterre de flores móviles, lo cual es de un objetividad encantadora.

Los sombreros de caballero son también de colores menos sombríos que los del invierno último. La gama de los grises triunfa; es un tono que sienta muy bien. Con un fieltro beige, se rodea la copa de una ancha cinta; el gris fieltro combina con una cinta negra. La mayor parte de esos sombreros no son bordados. La copa es redonda y alta, ofreciendo muy leve hendidura. Los bordes, ligeramente inclinados hacia adelante, se levantan en los lados. En el pesaje de los hipódromos de Autheil y de Longchamp, el hongo gris claro ha hecho su aparición. No se le considera como una forma joven, y solamente los hombres serios la han adoptado. Siendo la moda una armonía, cada uno se ingena para acomodarla a la estación. Los hombres tienen muy pocos recursos para combinar sus trajes de manera a darles cierta alegría. El fieltro de tonos delicados pone un punto de fantasía en el sombrío alavio masculino.



Vestido de terciopelo lanagra negro, abierto sobre un chaleco de crepé blanco; los adornos y el bordado son en oro sobre fondo blanco

A LA VIRGEN DEL SAGRARIO, PATRONA DE TOLEDO, CON MOTIVO DE SU CORONACION

Al eminentísimo y reverendísimo señor don Enrique Reig y Casanova, Catedral-Archobispo de Toledo.

¡Oh Virgen del Sagrario, Patrona de Toledo!, la Madre cariñosa de la imperial ciudad; la capital que es joya, sobre escudo de cerros, la que tiene cien torres en la urbe imperial. La que el Tajo circunda bien amosadamente, y a sus pies va regando su abultoso caudal su vega incomparable, que es bella, y es frondosa, y espesce con sus flores un perfume ideal. Ante tu imagen Santa, ¡oh, Virgen del Sagrario!, el Santo Rey Fernando oró con gran piedad, ante ella se inclinaron las huestes victoriosas, que en las Navas lucharon y supieron triunfar. Ante ella Alfonso el Sabio, doblando sus rodillas, rezó para que siempre le hubieras de inspirar, y ella vió levantarse en la regia Basílica la capilla siberbia que te hizo la piedra. Cuando a San Ildefonso, la Reina de los Angeles, le ofreció con afecto el premio celestial, a tu imagen bendita, María del Sagrario, con sus divinos brazos la quiso ella abrazar. Haz que del regio Alcazar de esa tierra bendita salgan bravos guerreros, que recordará subirán que el Cid vivió a defenderlos, cuando la reconquista, y que Juan de Padilla tuvo allí su solar. Y si tú les proteges, y a mi patria no olvidas, ten Madra, por seguro, que España bien irá; pues si en la historia es grande por sus glorias pretéritas, para España, laureles podrán ellos ganar. ¡Oh Virgen del Sagrario, Patrona de Toledo!, ampara a tus devotos de la imperial ciudad, y a los que a tí imploramos, y a ti nos acogemos, atiéndenos benigna, no nos dejes de amar. JOSEFINA CANTO IBARIZ (Valencia, Abril de 1926.





